

UN HOMENAJE A LA LICENTUATURA EN EDUCACIÓN ESPECIAL Y A SUS EGRESADOS, COMO ESCENCIA DE LA TRANSFORMACIÓN EDUCATIVA LIDERADA DESDE HACE 50 AÑOS

Angélica Briyith Fresneda Patiño
Lic. En Educación con énfasis en
Educación Especial
Universidad Pedagógica Nacional
abfresnedap@upn.edu.co

En el marco de la celebración de la Licenciatura en Educación especial, en donde han participado diferentes actores de la comunidad educativa, no podíamos dejar de tener un lugar muy importante los egresados, quienes durante estos 50 años nos hemos despojado para recibir una investidura que, sin importar las generaciones, entrevé lo que significa ser un Educador Especial.

Y es que en una profesión como la nuestra, desde que decidimos iniciar nuestro proceso de formación hasta el ejercicio profesional cotidiano, se hace necesario despojarnos, arriesgarnos, dejar lo que somos para construirnos junto a los demás.

Para ejemplificar tal proceso de despojo inicialmente me quiero referir a una amiga muy cercana, de esas que nos deja el paso por la universidad, quien de manera muy aguerrida dejó su familia, sus amigos y sus miedos en una ciudad al sur del país, convencida de que valía la pena arriesgarlo todo por la Educación Especial. Arriesgados también hemos sido los bachilleres recién graduados que elegimos el escenario de la Universidad Pedagógica Nacional para transitar a nuestra vida adulta, los padres y madres que encontramos en nuestros hijos, que nos esperan en casa, la inspiración para transformar la educación. Así mismo, lo han sido nuestros compañeros, los educadores especiales con discapacidad que de manera generosa nos permiten construir con ellos el saber de la discapacidad.

Les comparto la experiencia de mi amiga, porque recientemente en una conversación fue enfática al describir que luego de muchas situaciones de añoranza de su familia, de las largas filas en el restaurante, de las eternas desveladas para registrar materias y muchas otras anécdotas, para ella, y estoy segura que para mí y para todos, ser educadores especiales representa una de las mejores decisiones de nuestra vida.

Cómo no sentirlo de esa manera, si la LEE desde hace 50 años se ha venido evaluando, transformando, re-construyendo, para liderar de manera responsable la formación de profesionales que transforman y se transforman junto a las personas con discapacidad.

Por eso, debemos decir gracias a la LEE porque nos ha permitido formarnos pedagógicamente para comprender que es en la relación y en la diferencia que se te-

jen otras formas de educar. Porque en nuestros escenarios de prácticas las miradas otras, los cuerpos otros, las existencias otras, se insertaron como acontecimientos inspiradores para marcar nuestro que-hacer profesional. Gracias porque las reflexiones sobre el género, lo generacional, lo cultural y las demás categorías que nos constituyen como sujetos, nos han permitido situarnos como seres políticos en donde nuestra participación, la de las familias y cuidadores, y la de la comunidad es fundamental para construir una sociedad pluridiversa.

Gracias porque con cada propuesta pedagógica y didáctica desarrollada durante nuestra formación no sólo se buscaban formas de potenciar las habilidades de los estudiantes, sino que nosotros, íbamos siendo más innovadores, más flexibles y más críticos de nuestro propio trabajo.

Gracias por ser una licenciatura dedicada a la comunidad que a través de sus diferentes servicios nos ha permitido visibilizar que pueden haber otros ambientes de aprendizaje, quizá complejos; otros escenarios y formas para comunicarnos y para reivindicar que también es posible hablar con señas y escribir con braille. Gracias por que en sus grupos de investigación aprendimos a hablar de pluralidades: familias, sujetos, cogniciones, sociedades...

A la Educación Especial, como campo, le quedan amplios caminos por recorrer, tensiones epistemológicas por transitar, relaciones por construir, procesos y existencias por reivindicar. Pero estamos orgullosos y optimistas al saber que hoy, en los escenarios educativos, laborales, alternativos y populares, en grandes ciudades o en apartadas zonas rurales, hay un educador especial egresado de la UPN derribando estereotipos, mediando procesos de aprendizaje, re-construyendo prácticas, avivando la voz de los otros.

Para terminar, permítanme ratificar que despojarse y aventurarse al aprendizaje en la UPN, como lo hizo mi amiga, como lo hemos hecho las generaciones de egresados durante estos 50 años y como lo harán los futuros educadores especiales, sin duda, vale la pena. Pero también, permítanme que hoy y siempre resuene la idea de que para las personas con discapacidad y sus familias, para la comunidad educativa, la UPN y para mí, son los educadores especiales los que podemos continuar sembrando esperanza, sueños y los llamados a construir una escuela de las oportunidades; una escuela para todos y para cada uno.

